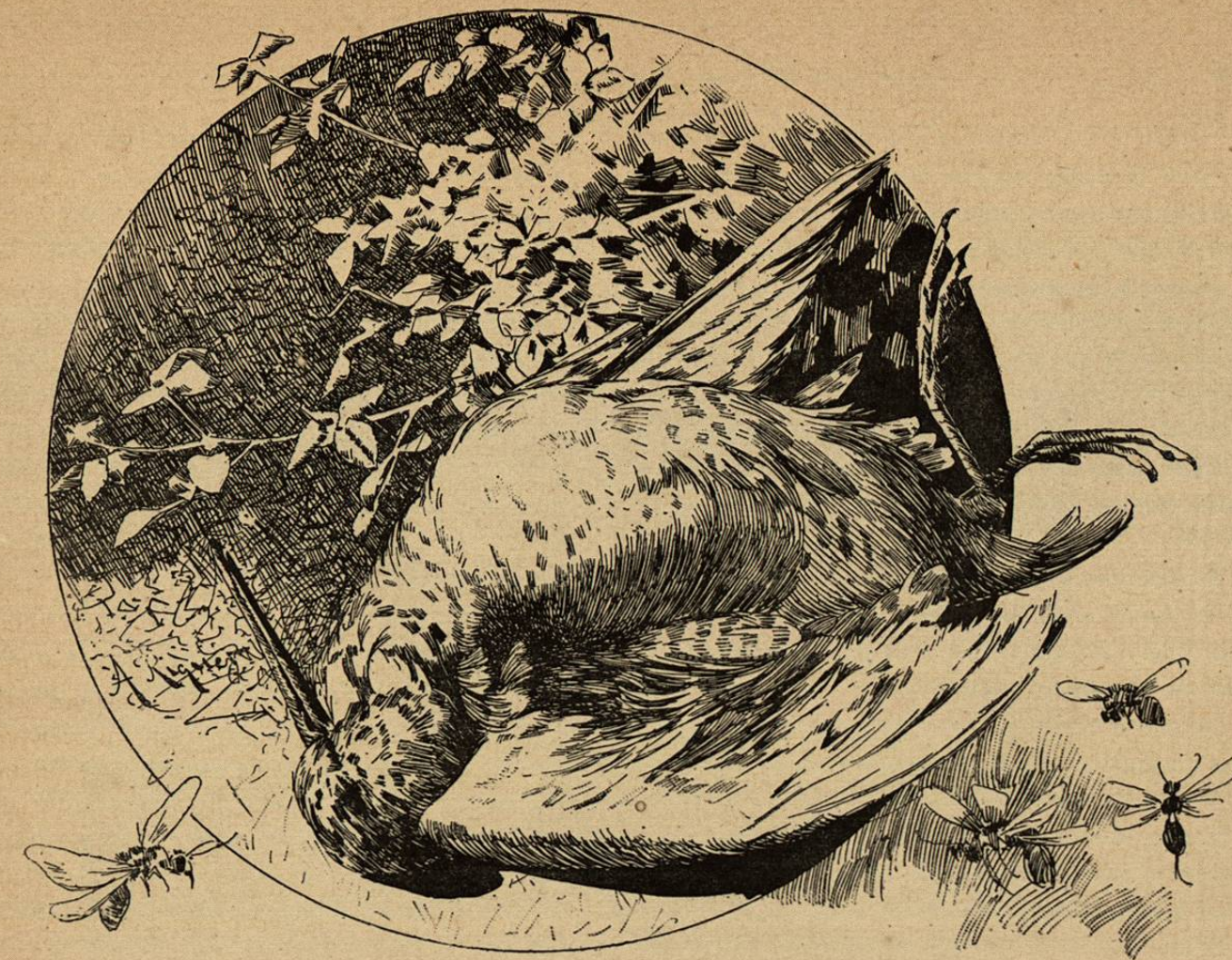
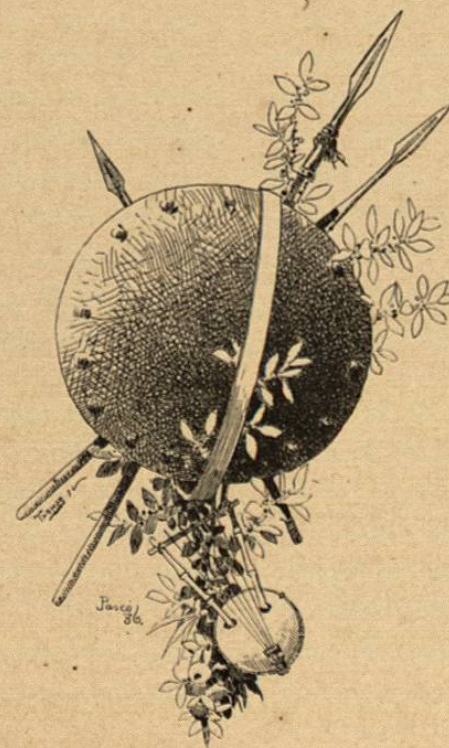


vos, se hace fácil su trabajo de aprovisionamiento. Pone también todo su esmero en no descubrir su nido ni exponerlo al peligro. Hasta se ha observado que desde el aire arrojaba á sus pollos el alimento cuando no tenía confianza en que se le dejase tranquilo.

Á un cuervo de corral no se escapa nada de lo que sucede á su alrededor, y la cosa más insignificante que llame su atención es examinada y escudriñada con cuidado, aunque sea para jugar con ella ó para pasar el tiempo. Si frecuenta el corral ó el jardín, hay la plena seguridad de que todo lo vigila sin descanso: picotea los clavos que se fijan en la pared, hasta que los arranca; revuelve las astillas, y acaba por desesperar al jardinero desenterrando cuanto siembra. Lo que no se puede destrozarse por estar firme en su puesto, ó lo que pesa demasiado, sufre de su parte tales embates, que cede al fin, y lo arrastra ó lo esconde. Los objetos brillantes tienen para él un encanto particular, según es sabido, sacándolos de las habitaciones por las ventanas abiertas. Domina irresistiblemente á todos sus compañeros vivos de corral, infundiendo miedo con sus terribles picotazos hasta al perro más feroz, no aprovechando á los gatos ni sus uñas ni sus dientes, y los persigue de suerte que los pone en vergonzosa huida. El único que le hace frente es el pavo, aunque suele ser víctima de sus endiabladas tretas. Se extrema sobre

todo con los patos y con los gansos. En un instante hace presa en sus colas. Por más que graznen, forcejeen y aleteen, no los suelta, sino que se agarra á ellos tenazmente, terminando la contienda con el triunfo del cuervo, que se pavonea orgulloso llevando en su pico la pluma de uno ó de otro, sin más objeto que divertirse un rato á su costa.

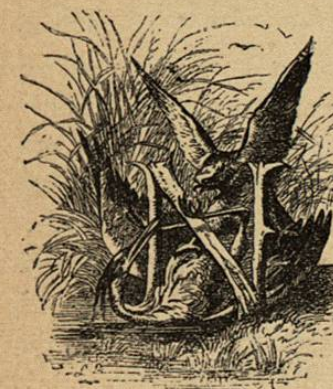
Si entra en el corral un extraño, acude en seguida á saludarlo, y ¡ay de él si no viene bien vestido! El mendigo harapiento, en particular si está descalzo, es atacado en seguida, y ó se aleja ó lo pica con más encarnizamiento que podría morderle un perro. Al contrario, lo deja en paz si es buena su traza, lo mismo que hacen, con gran sorpresa nuestra, otros animales, como avutardas, grullas y lobos domesticados. Los cuervos se enfurecen tan fácilmente como los perros, y atacan con ímpetu á su enemigo, aunque siempre con la cautela necesaria. No hay medio de intimidarlos. He visto á nuestro jardinero del jardín de Viena tirar á uno el azadón, la pala y terrones, y perseguirlo con un palo por todo el jardín, por arrancarle todas las plantas... Y luego, cuando el buen hombre se puso de nuevo á trabajar, se vino callando detrás y le dió en castigo un terrible picotazo en las botas. Para restablecer la paz no hubo otro recurso que encerrar al cuervo hasta que terminó la plantación de las platabandas.



CAPITULO XXVI

CAZA DE LA BECADA Y DE LA BECACINA

I



NINGUNO de los animales venatorios ha promovido quizá entre cazadores y naturalistas discusiones tan interesantes como la becada.

¿De dónde viene la nocturna viajera cuando aparece en nuestros bosques al dibujarse las primeras brumas del invierno? ¿A dónde va después de su visita de la primavera?

Para averiguar los secretos de los itinerarios de la becada, se ha gastado más tinta y papel del que se ha necesitado para determinar las revoluciones de un planeta.

Unos pretenden que la becada viene del N. y otros señalan el E. como punto de origen. Cada año, en el otoño, las becadas aparecen por el SE. Un escritor ha fijado el O. como lugar de partida y

que procede de las orillas del Ohio y del Missisipi.

La becada es un pájaro solitario. Aparte de la estación de los amores, es raro hallarlo en compañía. Fuera de la época del celo, las becadas sólo se juntan para viajar.

Dos veces he tenido la fortuna de ser testigo de un paso de becadas. Ordinariamente llegan en los primeros días de octubre impulsadas por los vientos del NE. Hallanse en los bosques húmedos, cercanos á praderas y sitios de pasto, donde permanecen hasta las primeras heladas, y avanzan hacia el S. para enderezar su vuelo hacia los cuarteles de invierno.

Según Von der Munhle, ha visto becadas anidar en las montañas de Grecia, y Montaineer en el Himalaya.

Oigamos ahora á un distinguido autor venatorio señor Torres Ayllón:

«La chocha, llamada también becada, pertenece á la familia de las *scolopacidae*, orden de las *grillatores*. Es ave de paso.

Cuando por las mañanas y tardes de la primavera vuela de paso, acontece que una hembra es perseguida por varios machos, y unos tratan de repeler á los otros: esto se llama, en lenguaje técnico, *puntarse*.

La patria de esta ave, así como todas las de paso, es el país donde anidan y crían. Por consiguiente, debe admitirse que se extiende la suya desde el N. de Europa y Asia hasta la Islandia y la península de Kamtschatka. En invierno bajan al S. de Europa y muchas pasan al África, extendiéndose á todos los países cálidos, hasta la China, el Japón y la costa de Oro.

Existen dos variedades, una mayor que otra.

La menor mide desde el nacimiento del pico á la cola (timón) 22 centímetros, y de punta á punta de las alas, de 42 á 45 centímetros.

La mayor es de 3 á 4 centímetros más larga, y las alas miden 10 centímetros más que en la primera.

Estas últimas son más frecuentes que las menores. Siendo esta ave muy conocida de los cazadores, omitiré la parte descriptiva de su figura, limitándome á dar á conocer sus costumbres y modo de cazarla.

El movimiento de las chochas es rápido al apear, como en el vuelo: este último es regular y tirado, sin hacer zig-zags y á igual altura, exceptuando el tiempo del celo, ó cuando salen del monte hueco hacia los rasos ó los matorrales. Vuelan mal contra el viento.

La naturaleza ha dotado á las chochas de sentidos muy finos; no podemos decir cuál de ellos será el más desarrollado; pero se ve que el tacto y los vientos son excelentísimos, sin que podamos por esto atribuir á los demás peores condiciones. Perciben las lombrices, que les sirven de alimento, cuando están debajo de tierra, y las buscan introduciendo el pico en ella, y con él las sienten y las extraen.

Son muy apocadas y medrosas, y no se lanzan al vuelo para librarse de los lazos que les tienden sus enemigos; por el contrario, se agachan en el suelo encogiendo el cuello, y tienden el pico hacia adelante. Si no se las descubre por el brillo de sus grandes ojos, es muy difícil verlas, aun cuando el perro esté de muestra, porque su pluma se confunde con el color de la tierra y el de la hojarasca. Si se levantan, evitan con frecuencia el tiro, apeonando un buen trozo de terreno, ocultándose con las plantas menudas ó con los arbustos.

Sólo en la primavera, por tarde y mañana, cuando están de paso, dan de sí un sonido, pero nunca en otoño.

Este sonido se siente desde lejos estando enceladas

las chochas, particularmente en las mañanas y tardes de calor, ó después de haber llovido.

Las chochas son muy sensibles al plomo: tiros que no serían peligrosos en otras aves, son mortales para éstas.

Verifican la emigración durante las horas de la noche, y con preferencia en aquellas en que la Luna se refleja en nuestro planeta. Cuando en las comarcas del norte, donde residen durante el estío, á fines de setiembre, cae la primera nieve, empiezan á hacer la emigración solas, aprovechándose de los vientos N. y NE.; y así acontece que por esta época son raras por estas tierras.

No se detienen más tiempo en cada comarca que el suficiente para descansar, y éste es desde la mañana que llegan hasta la noche del mismo día en que vuelven á emprender su vuelo. Cuanto mejor tiempo hace durante la emigración, tanto más cortas son las jornadas, pues su gordura por esta época les produce pesadez y exige frecuente reposo; pero con tiempo frío sus etapas son mayores.

Si han reposado durante el día, á los primeros resplandores del lucero vespertino (Sirio), se elevan y revolotean un breve tiempo, y vuelven á posarse en tierra, buscan algún alimento para fortalecerse, y emprenden el vuelo de nuevo.

Es muy raro que una chocha inwiene en país frío y donde nieve mucho: la que haga esto está indudablemente enferma, ó ha sido herida levemente, impidiéndole terminar su peregrinación.

Cuanto más suave haya sido el invierno, tanto más temprana es la época del paso: algunos años se ven aquí á fines de enero ó principios de febrero (1). Si en este tiempo sopla un viento S., SO. ú O., se presentan en mayor número que con viento del N. ó levante. Se detienen menos tiempo, si no son molestadas por ventiscos ni nevadas. Cuanto más templadas sean las noches, y la luna sea más brillante y la primavera se retrase, tanto más corta es la duración del paso; con estas circunstancias apenas dura tres semanas.

A la caída de la tarde y con el crepúsculo matutino, en tiempo crudo, vuelan alto y rápidamente, dando de sí el sonido de que antes hemos hablado; pero con tiempo templado, y sobre todo cuando llovizna, su vuelo es más lento y bajo, sin interrupción, más ó menos largo, según el macho y la hembra se encuentren más ó menos temprano.

(1) Se entiende que me refiero á las que han invernado en África, y no á las que lo verifican en nuestra península. Estas últimas se conducen como si fuesen indígenas, y como á tales se las caza.

Durante su paso de primavera se encelan, y el sonido que despiden de su garganta durante su vuelo, tanto el macho como la hembra, indica el desarrollo de sus instintos amorosos.

Hacia la tarde, se remonta primero la hembra ci-

tando al macho; y se ha notado que, apenas ha dado el sonido de reclamo, inmediatamente salen del monte muchos machos y empiezan las rivalidades entre ellos.

Tan pronto como la hembra toma tierra ó se posa sobre ella, el macho más próximo se arroja en segui-



Bécada

miento suyo, y ambos se ocultan entre los matorrales: las otras siguen su vuelo.

Como el número de hembras es mucho menor que el de los machos, cuando uno de éstos tiene la desgracia de perder á su compañera después de apareados, la existencia que le está reservada al primero es muy triste, pues ansia encontrar consorte y no la halla. Cuando las hembras sienten próxima la época de la

postura, se construyen un nido en terreno seco, escarbando la tierra y rodeando esta cavidad con ramitas, cubriéndola con musgo y yerbas secas. Este nido, construido sin arte, lo utiliza para poner en el mes de marzo ó abril tres, cuatro, ó á lo sumo cinco huevos puntiagudos, de color amarillo sucio, sembrados de puntos de color lila y castaño oscuro. Generalmente hacen una sola postura; pero hay años en que algunas

hacen dos si el país donde veranean es bastante meridional.

A los catorce ó diez y seis días salen los polluelos.

El macho cubre el nido cuando la hembra sale á buscar su alimento, que consiste en escarabajos, caracillos, gusanos y larvas. En la primavera, cuando regresan á su patria y estos manjares les faltan, se nutren con raicillas de plantas menudas en estado de descomposición, lo que verifican introduciendo el pico en la tierra como cuando buscan las lombrices, lo cual hace creer á la gente del campo que absorben la sustancia de la tierra. Como en primavera el alimento es más escaso y menos sustancioso, y las jornadas que hacen son más largas, están más flacas que en el otoño, en que emigran muy despacio, vienen bien nutridas, y por todas partes encuentran que comer.

Durante el estío se domicilian en bosques de terrenos elevados que tengan buenas praderas en sus inmediaciones. El invierno lo pasan con preferencia en montes poblados de especies coníferas, por ser de yuelo más cerrado, y con él quedan á cubierto de las escarchas y heladas.

Para estar próximas á su alimento favorito, eligen como estancia terrenos pantanosos, y á falta de éstos buscan las *bañas* de las reses, en cuyas orillas se sitúan después de haberse cerciorado que nadie las ve. Una vez tranquilas por su seguridad individual, perforan el suelo con su largo pico, van y vienen repetidas veces, produciendo un sonido zumbón. Ninguna lombriz, por oculta que esté bajo la tierra, escapará á la sensibilidad de su pico, hallándose al alcance del mismo: las pequeñas las tragan enteras; las más largas las dividen en dos ó más trozos.

La excelencia de su carne la ha colocado en primera línea entre los manjares delicados.

La circunstancia de vivir en países extremos en las dos estaciones principales del año, y no hallarse entre nosotros sino en el corto tiempo que dura el paso, hace que sean pocas las que se cazan, y esta misma razón hace que sean más codiciadas; así que el verdadero cazador no omite fatiga ni desvelo para conseguir poder llevar colgada una chocha; pues sobre el placer de saborearla, entra por mucho una buena dosis de amor propio en enumerar las que ha conseguido matar en el año.

Antiguamente, en algunas cortes extranjeras, se concedía un buen premio al que tenía la suerte de matar y entregar la primera becada.

Para cazar chochas es necesario, ante todo, tener un perro maestro que cace corto; es decir, que mientras

busca la caza se separe poco del cazador, que sea perro de fatiga y no tema la humedad, que en la primavera siempre es fría.

Agradable y remunerativa es la caza á la espera durante la primavera, pues por este tiempo es el paso más numeroso; y con el celo, más frecuente que tomen tierra, á más que los machos al perseguirse revolotean en busca de la hembra que se ha ocultado, y estas circunstancias reunidas hacen que sea más fácil llegar á tiro.

Con este objeto debe el cazador situarse á las seis de la tarde, y por la mañana antes de rayar el día, en el puesto elegido de antemano y por donde el paso se verifica anualmente, desde el cual pueda descubrir el mayor horizonte posible, sin tener cerca grandes árboles que le impidan tirar con comodidad.

Sin poner mucha escrupulosidad en ocultarse, espérese el paso, que ya desde lejos se percibe y suena próximamente como *puitz, puitz*; tírese, si se tiene un arma de un cañón, lo menos posible de frente, apuntando cuatro dedos delante del pico, delante de éste, si es de lado; y si se tira de pasada, procúrese apuntar de modo que el cuerpo de la pieza esté sobre el punto del arma.

Como el color de la pluma de la chocha se confunde con el de la tierra y la hojarasca seca, es bueno llevar siempre el perro al puesto para cobrarlas.

Si vienen á la vez varias chochas reunidas, y si se *puntean*, procúrese no tirar á la primera, que indudablemente es la hembra, que, sobre ser más pequeña que los machos, es una lástima matar á la que tantas crías puede producir; y, aunque de paso, deben siempre respetarse aquellos individuos que constituyen á la reproducción de su especie, tanto más cuanto que en ésta las hembras son mucho menos numerosas que los machos.

El *rececho* ó la *busca* con un buen perro perdiguero (1) es otra manera de cazar la chocha. Se procede del mismo modo que cuando se cazan liebres en los matorrales.

La mejor hora de recechar es entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde, porque en la primavera la chocha aguanta poco al perro, y menos al cazador por la mañana temprano y después de las tres de la tarde.

Depende de la temperatura el sitio que eligen para

(1) Acontece con el perro perdiguero como con todo perro de muestra, ya sea el español, el *setter*, el *pointer*, *épagneul*, que se dedica á la volatería.

guarecerse; pero no se deben dejar de examinar las matas de espino y de sauce, que busca con preferencia.

A fin de que el perro tenga *viento* y le facilite la busca, debe cazarse contra él, lo cual tiene la ventaja de que la chocha aguante más, porque le es difícil remontarse contra el viento, y se posa antes cuando se ve obligada á volar en contra del mismo. El cazador debe observar y fijarse donde ha tomado tierra,

para volver á encontrarla. Pero no aconsejaré jamás seguirla en el mismo camino que ha tomado, porque, una vez movida, aguanta mejor si se le entra en otra dirección que la que ella ha llevado; y esto puede tener por causa que cuando se posa y echa al suelo dirige la vista hacia el sitio de donde arrancó.

Cuando el perro esté de muestra debe el cazador dar vueltas alrededor del sitio adonde el perro dirige



Caza de la becacina

la vista, y la descubrirá, porque los ojos extraordinariamente grandes de la chocha le hacen traición; aproveche la circunstancia de estar echada para tirarle (2).

(2) Algunos, muchos cazadores quizá, estoy seguro que sonreirán al leer que se tiran echadas; pero cada cual puede hacer lo que crea más conveniente. Sólo tengo la seguridad de que si se dedican á cazar la chocha á rececho y hacen alarde de buenos volateros, el resultado les demostrará que mi consejo no es tan malo como á primera vista parece.

Cuando salta en monte muy espeso, se eleva en dirección vertical, y el cazador no debe desaprovechar esta circunstancia; pero si no puede hacer tiro, conviene más que la deje alejarse á 30 ó 40 pasos de distancia.

Si se caza en mano, deben los cazadores procurar verse constantemente los que van á la derecha y á la izquierda de cada cual, conservando siempre la línea, y deteniéndose todos cuando uno haya tirado; y no es conveniente avanzar hasta que este último dé la voz